

Notas

VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Mérida, septiembre de 2006)

En pocas ocasiones, los especialistas interesados en la historia de las lenguas y el conocimiento de las lenguas para el estudio de la historia hemos tenido la oportunidad de acudir a dos congresos en uno. Se puede decir que éste fue el caso del presente congreso, el cual, a pesar de los avatares, logró celebrarse en las fechas previstas. Inicialmente la realización del congreso estaba prevista que fuera en la ciudad de Oaxaca (Oaxaca, México); sin embargo, unas semanas antes de la inauguración inicial del congreso, el clima de conflictividad social surgido de las protestas de los maestros, miembros del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, ante las difíciles condiciones laborales y salariales, planteó a los coordinadores y organizadores del congreso la posibilidad de suspenderlo o trasladarlo a otro lugar.

Gracias al esfuerzo y habilidad de sus coordinadores, los doctores Concepción Company Company (Universidad Nacional Autónoma de México) y José G. Moreno de Alba (Universidad Nacional Autónoma de México), no tuvo que adoptarse la medida de suspender el congreso y, tras barajarse otras sedes como Cuernavaca o Ciudad de México, se logró acertadamente reubicarlo en la ciudad de Mérida, Yucatán. En este sentido, es también de destacar el apoyo ofrecido por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) y el Ayuntamiento de Mérida, además de la Secretaría de Educación Pública y Secretaría de Turismo del Gobierno del Estado de Yucatán, y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en la recepción, acomodo y oferta de actividades culturales para los congresistas.

De este modo, la Asociación de Historia de la Lengua Española (AHLE) pudo dar comienzo y desarrollar las actividades del congreso entre el 4 y 8 de septiembre, contando con una espléndida organización que permitió tanto la presentación de ponencias de acuerdo con el programa preestablecido como el fomento de contactos e intercambios, además de la discusión académica de diversas problemáticas planteadas en cada mesa en relación con el pasado, presente y futuro de la lengua española en América.

En las mesas constituidas para abordar las diversas materias, se trataron los siguientes bloques temáticos: lexicografía y semántica (cambio semántico, lexicografía histórica —oficios, léxico especializado, siglos de oro, léxico histórico en perspectiva dialectal, diccionarios bilingües—, neologismos, semántica de relaciones interoracionales y toponimia), pragmática, análisis del discurso y lingüística del texto (análisis filológico de documentos jurídicos, análisis de discurso en perspectiva histórica, crítica textual, gramática y géneros discursivos, marcadores de discurso, tipología textual, pragmática histórica I), sociolingüística y lingüística histórica (cambio lingüístico en perspectiva formal, español de América en contacto con lenguas indígenas, evolución de conceptos lingüísticos, fórmulas de tratamiento, gra-

mática histórica: acercamientos metodológicos, historia externa: español de América, interpretación lingüística en textos de los Siglos de Oro, pragmática histórica, romance castellano primitivo, sintaxis y léxico colonial), morfología y sintaxis (adverbios, auxiliaridad, construcciones con «se»), estructura argumental: dativos, fraseología, frase nominal —artículo—, léismo, morfología derivativa, negación, oraciones de relativo, orden de palabras —perífrasis y gramaticalización—, preposiciones, relaciones interoracionales —concesivas—, relaciones integracionales, sintaxis verbal —construcciones, transitividad—, tiempos verbales —modo indicativo, subjuntivo—) y fonología (fonología histórica —contacto—, grafemática).

De la ponencias presentadas, las que despertaron un mayor interés para la investigación histórica y antropológica en América fueron sin duda aquellas referidas a aspectos sociolingüísticos y etnohistóricos. Destacan a este tenor aquellas investigaciones referidas al tema del contacto interlingüístico entre el castellano y las lenguas amerindias, sea para el mejor conocimiento del español hablado en América o para destacar la aportación de las lenguas indígenas a la lengua castellana.

En cuanto al mejor conocimiento del español de América destaca la relevancia que se da a las fuentes bilingües para tal fin. De esta manera, se expusieron ponencias que trataron este tema tanto en el ámbito del área andina como de Mesoamérica y Aridamérica. Abordaron el primer caso María Cristina Egido (Universidad de León), que presentó su ponencia «El español de indígenas bilingües en el oriente boliviano (Moxos, siglo XVIII)», Anna María Escobar (Universidad de Illinois) con su ponencia «La relación emisor-receptor en documentos judiciales del siglo XVI y XVII del virreinato del Perú: Análisis verbal de textos monolingües y bilingües», Carlos Garatea (Pontificia Universidad Católica del Perú) y su ponencia «Variación lingüística y tradiciones discursivas en documentos bilingües (Perú, siglos XVI-XVII)», Jose Luis Rivarola (Universidad degli Studi di Padova) con su ponencia «El Perú andino colonial: nuevos textos de bilingües el siglo XVII», y Rosario Navarro (Universidad de Zaragoza) con una ponencia referida al Cuzco del siglo XVI titulada «Algunas observaciones sobre el español jurídico del siglo XVI en testamentos coloniales de indios».

En todos estos trabajos, el empleo de documentos notariales en la búsqueda de información lexicográfica y fonológica se centraba en un objetivo principal: Precisar tanto el tipo de habla española propia de estas regiones, como el tipo de español hablado por la población indígena. La presentación de estos trabajos demostraron la riqueza y posibilidades que ofrecen tales documentos como fuentes históricas.

En el ámbito del área de Mesoamérica y Aridamérica, los temas abordados inciden en cuestiones lexicográficas y fonológicas, prestando una especial atención al préstamo lingüístico. En este sentido parece que los investigadores se hacen eco de estudios pioneros como el de D. L. Canfield (1934), que ven en los documentos coloniales escritos en lenguas indígenas una fuente histórica con la que reconstruir la pronunciación novohispana del castellano a través, en el presente congreso, de estudios sobre lenguas como el chocho y el náhuatl. Es el caso de la ponencia presentada por Michael Swanton (Universidad Autónoma «Benito Juárez» de Oaxaca), titulada «Las sibilantes españolas del siglo XVI: el testimonio de los escritos coloniales en lengua chochona (ngiwa, chocholteca)» y la presentada por Claudia Parodi

(Universidad de California, Los Angeles) y Karen Dakin (Universidad Nacional Autónoma de México) sobre el náhuatl, titulada «Contacto lingüístico y reconstrucción histórica: Aspectos teóricos y metodológicos». Ambas abordan el recurrente y siempre interesante asunto de las sibilantes apicoalveolares en el español de América y, específicamente, en México.

Otras ponencias presentaron estudios centrados en aspectos léxicos. En éstos se hacía una llamada a aplicar enfoques en los que se aborde la dimensión comunicativa de los procesos de contacto interlingüístico, abordando aspectos semánticos, prosódicos, pragmáticos y textuales (Zimmermann 1995). En esta línea va la ponencia «Tras las huellas del contacto español-lenguas indígenas en el noroeste de México» de María del Carmen Morúa (Universidad de Sonora) al tratar la poco considerada historia del contacto entre el español y las lenguas amerindias de Sonora (pima, eudeve, opata, seri, mayo...). Igualmente hace la ponencia presentada por Cutberto Arzate (Universidad Autónoma de Ciudad Juárez), «Léxico indígena en el norte de México», para el caso de los estados mexicanos de Durango, Coahuila y Chihuahua y los estados estadounidenses de Nuevo México y Texas, intentando precisar la importancia del aporte de las lenguas amerindias del Paso del Norte en el español norteño. En consonancia con este estudio conviene considerar el contacto lingüístico entre otras lenguas no amerindias como es el inglés, tal como muestra Arturo Fernández-Gibert (California State University, San Bernardino) en su ponencia «Historia del contacto sociolingüístico español-inglés en la frontera de Norteamérica: el caso de Nuevo México, 1846-1912».

Otra aproximación sobre el tema del contacto lingüístico, pero esta vez en lo relativo a los procesos de gramatización de las lenguas amerindias y a partir del estudio de los vocabularios bilingües confeccionados durante el siglo XVI, es la propuesta aportada por Manuel Galeote (Universidad de Berna) y Miguel Figueroa-Saavedra (Universidad Complutense de Madrid) con su ponencia «La contribución de fray Alonso de Molina a la gramatización del náhuatl en el contexto de la lingüística misionera», y Laura Romero Rangel (El Colegio de México) con su ponencia «Las relaciones entre significados y su tratamiento en los diccionarios bilingües».

En ambas presentaciones, la obra lexicográfica franciscana es una fuente que permite estudiar, en el caso de la lengua náhuatl, la complejidad de la tarea lexicográfica emprendida y del procedimiento seguido, tanto en el diseño de la macroestructura como de la microestructura de los vocabularios bilingües. Así, Galeote y Figueroa-Saavedra hicieron hincapié a tal respecto en la originalidad y modernidad de la obra de fray Alonso de Molina, desde un planteamiento pragmático derivado de un objetivo propedéutico y pedagógico. Por otra parte, Romero Rangel mostró las implicaciones teóricas, derivadas de modo quizá intuitivo, que pudieron desarrollarse de determinados criterios aplicados a la confección de diccionarios bilingües en el siglo XVI tanto en América como en Europa. Este acercamiento muestra la importancia del campo de estudio de la semántica en América, en cuanto al procedimiento y la metodología empleada en la lematización y el registro léxico, destacándose en ambas ponencias la importancia del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de 1555 de fray Alonso de Molina, como fuente *princeps* para el estudio de la lexicografía americana.

Otros acercamientos a la influencia del náhuatl en el español de México es el que ofrece Brenda Cantú (Universidad Nacional Autónoma de México) con su ponencia «La expresión reverencial del náhuatl reflejada en el español hablado en México», sobre el tan debatido tema del influjo del sustrato náhuatl en los usos cortesés del castellano por el empleo de sufijos reverenciales nominales. Esta cuestión, ya tratada por autores como Dávila Garibi (1959) y Jiménez Moreno (1965), es, por otro lado, una tesis discutida por Lope Blanch (1991:161-163) al hablar de su *coincidencia* con los usos y tendencia propia del castellano.

Otro campo de estudio es el dedicado al papel de la lengua española como lengua franca y en expansión sobre el tapiz plurilingüe de regiones como Centroamérica y Sudamérica. A tal tenor, la ponencia de Jens Lüdtke (Universidad de Heidelberg), «Panamá, el trampolín de la expansión de la lengua española hacia los países andinos» y Miguel Ángel de Quesada (Universidad de Bergen) y Juan Antonio Martínez (Norges Handelshøyskole), «El español de Costa Rica a la luz de la teoría de la koinización», muestran el proceso y el impacto que tuvo en el mapa lingüístico americano.

En definitiva, el VII Congreso de Historia de la Lengua Española ha consolidado diversas vías de investigación. Por una parte, la confluencia entre los estudios históricos y etnohistóricos con los estudios filológicos y lingüísticos, validando el empleo de técnicas de análisis y el empleo de fuentes documentales, antes no consideradas o al menos no valoradas en su justa medida por la carencia de un cuerpo teórico que mostrara las grandes posibilidades que ofrecen para el acercamiento transversal a determinados fenómenos y procesos diacrónicos de la lengua. Por otro lado, la importancia que se debe conceder en el estudio de la lengua española al español de América y, por ende, a las lenguas amerindias como sustratos y lenguas en contacto con el español. Esta visibilización de las lenguas indígenas como aportación particularizadora de las variantes dialectales del castellano en América, junto con su propia capacidad generadora de neologismos, muestra la riqueza lingüística de una lengua viva y en expansión, permeable al influjo de los hablantes de lengua no española o bilingües. No era pues de extrañar, que estas jornadas concluyeran con el anuncio de la necesaria creación de una academia de la lengua española yucateca y el correspondiente diccionario del español yucateco como reconocimiento de la particularidad de una variante dialectal, donde el sustrato indígena juega un papel preeminente.

Para concluir, merecen una mención especial la calidad de las ponencias plenarias ofrecidas por Luis Fernando Lara (El Colegio de México) sobre la historia de la expansión del español por México, Pedro Álvarez de Miranda (Universidad Autónoma de Madrid) sobre las discontinuidades en la historia del léxico y Manuel Pérez-Saldanya (Universidad de Valencia) sobre la gramaticalización y el reanálisis; sugerentes y estimulantes para cualquier investigador interesado en la lengua como agente y fenómeno histórico. No se puede por más que esperar la publicación de estas ponencias prevista para el próximo año como reconocimiento a la labor de los participantes y estímulo para aquellos que asistieron y para los que no tuvieron oportunidad de hacerlo.

Referencias bibliográficas:

CANFIELD, Delos Lincoln

1934 *Spanish literature in Mexican languages as a source for the study of Spanish pronunciation*. Nueva York: Instituto de las Españas.

DÁVILA GARIBI, J. Ignacio

1959 «Posible influencia del náhuatl en el uso y abuso del diminutivo en el español de México». *Estudios de Cultura Náhuatl* 1: 91-94.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto

1965 *La transculturación lingüística hispano-indígena*. Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

LOPE BLANCH, Juan M.

1991 *Estudios sobre el español de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ZIMMERMAN, Klaus

1995 «Formas de agresión y defensa en el conflicto de las lenguas española y portuguesa con las lenguas amerindias», en *Pueblos y medios ambientes amenazados en las Américas*, M. Mörner y M. Rosendhal, eds., pp. 67-87. Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos.

Miguel FIGUEROA-SAAVEDRA
migfigsaa@erl.ucm.es

Espacios del miedo y etnografía de lo fantástico en las fronteras amerindias de la globalización

En el marco del 52º Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Sevilla entre el 17 y el 21 de julio de 2006, y bajo la referencia ANT-17, tuvo lugar la reunión *Espacios del miedo y etnografía de lo fantástico en las fronteras amerindias de la globalización*, coordinada por Francisco M. Gil García y Gerardo Fernández Juárez.

El objetivo del encuentro fue el de plantear un nuevo marco de discusión sobre los «espacios del miedo» y la «etnografía de lo fantástico», buscando un enfoque transversal que permita fijar los miedos abstractos en el espacio concreto y a la vez vincularlos a los imaginarios fabulosos que los causan; una propuesta subversiva que exige sumergirse en la conciencia y la mitología de cada época y cada sociedad para descodificar los signos de sus lenguajes sobre la alteridad y sus espacios. Entroncando así con el lema del Congreso, «Pueblos y culturas de las Américas: diálogos entre globalidad y localidad», esta reunión pretendió constituirse como un foro de discusión desde el que resolver cómo lo legendario y lo presente confluyen en los imaginarios fabulosos amerindios, rastreando para ello la naturaleza y el significado de la alteridad del terror y la fantasmagoría que cada grupo siente como una amenaza para su ethos. Desde esta perspectiva, el propósito final de los coordinadores fue el de poder componer un marco comparativo entre contextos generadores de espacios del miedo y seres fabulosos, concentrando para ello puntos de vista provenientes de la etnografía, la antropología, la historia, la tradición oral y/o las artes plásticas.

Al hablar de «miedo» y de «seres fabulosos», se agolpan en nuestra mente miles de imágenes, debido a que todas las sociedades necesitan crear sus propios miedos para poder sobrevivir: riesgos o daños reales o fantaseados que se asientan en los imaginarios colectivos, y que generalmente son proyectados sobre una alteridad que, lejos de tratar de ser entendida, simplemente es demonizada o convertida en fabulosa. Bajo esta premisa, la reunión congregó a especialistas de Argentina, Canadá, España, Francia, México, Perú y Venezuela, y en ella se presentaron estudios de caso relacionados con grupos amerindios de la Costa Noroeste de América del Norte, México, los Andes y el Chaco Argentino. Como es lógico y habitual en este tipo de macroeventos internacionales, diversos imprevistos impidieron la presencia de varios de aquellos que tenían comprometida su participación, circunstancia que si bien redujo el espectro de la discusión, en ningún momento le restó calidad. Por este motivo, cabe desde aquí agradecer el esfuerzo de los asistentes, así como la excelente disposición de algunos a la hora de terciar con ciertos desajustes emanados de la Organización del Congreso.

Tras una breve e informal presentación por parte de los coordinadores, abrió la reunión Gerardo Fernández Juárez (Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo, España) con su ponencia «Miedos de agosto. El relato de una wilancha ceremonial en el cerro Pachjiri del altiplano de Bolivia». En el contexto de los cerros andinos como lugares de culto y ritual, analizó los rumores generados en torno a un sacrificio de sangre celebrado en este cerro en agosto de 1995, que los lugareños y pobla-

dores de las comunidades cercanas interpretaron desde la pertenencia identitaria y las luchas simbólicas por el control de los centros de poder en el paisaje.

Juan Javier Rivera Andía (Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú), en «La pampa como espacio del miedo. Una interpretación de los rituales ganaderos andinos», presentó los principios y significados elementales en torno a los cuales se estructura el sentido de los ritos de marcación del ganado vacuno en el valle de Chancay, a partir de lo cual penetra cuestiones de identidad comunitaria a partir de los espacios de alteridad fabulosa que remiten al peligro, la indistinción y la fascinación.

Con su ponencia «Prácticas y elaboraciones simbólicas en torno al miedo y la enfermedad en la región andina de la Puna de Jujuy (Argentina)», Lucila Bugallo (École de Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, Francia – Instituto de Formación Docente Continua, Tilcara, Argentina), estableció un vínculo entre los espacios del miedo, la brujería y la esterilidad de campos y ganados en esta región del Noroeste Argentino, discutiendo los puntos de vista enfrentados que mantienen las prácticas de salud biomédicas y tradicionales con relación al miedo como posible causante de enfermedad.

En su trabajo «El poder de la alteridad: Violencia, temor y negociación entre los wichí del Chaco Argentino», Javier Rodríguez-Mir (Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España) analizó los miedos de los wichís (matacos) en torno a la alteridad, en tanto que se reconoce en ella la presencia de un enorme poder destructivo de la sociedad ideal, prestando especial atención al papel del chamán como encargado de establecer el diálogo y las negociaciones necesarias para neutralizar tales peligros.

Considerando la estética del miedo, Emma Sánchez Montañés (Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España) estructuró su ponencia «Miedo y control social en la Costa Noroeste de América del Norte. Pervivencias actuales» desde las concepciones de ‘salvajismo’ y ‘civilización’ que los kwakwaka’wakw proyectan sobre el bosque, donde hacen residir a los seres sobrenaturales más peligrosos, combinando así etnohistoria y etnografía en un análisis de la celebración del potlach como escenificación de temores reverenciales.

Enfrentando discursos oficiales y tradición oral, y tomando como referente el paisaje de antiguos ingenios azucareros en las provincias de Salta y Jujuy, en su trabajo «Sobre fantasmas y ruinas. Un contrapunto en el Norte Argentino», Gastón Gordillo (University of British Columbia, Vancouver, Canadá) ahondó en el papel de las ruinas como espacios del miedo donde se evocan ausencias y fracturas en el tiempo, y a partir de las cuales se genera una memoria social del pasado especialmente crítica con la situación de crisis económica actual.

Analizando la relación de las comunidades con el pasado y sus habitantes, y presentando distintos estudios de caso, Francisco M. Gil García (Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España) abordó en su ponencia «Cuando los ideales de progreso se impusieron al miedo. Modernidad, arqueología, turismo y transformaciones del pensamiento local en torno a las ruinas (Nor Lípez, Potosí, Bolivia)» la transformación psicosocial alentada desde los mitos del turismo en torno a las ruinas arqueológicas, las cuales, sin perder su consideración de ‘lugares de memoria y experiencia’, han pasado de ser conceptuadas como espacios del miedo a serlo en tanto que espacios de proyección de los ideales locales de progreso.

Con su trabajo «Entre la tragedia, lo cómico y lo moderno: Etnografía y estereotipos de lo fantástico en la frontera México/USA», Miguel Olmos Aguilera (El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana, México) presentó las fronteras como uno de los escenarios ideales para analizar la proliferación de delirios y trastornos culturales, donde, en estrecha relación con el drama de la migración, lo global y lo local se dan cita en imaginarios exóticos que van de lo cómico a lo trágico, con manifestaciones de fuerte violencia, real y simbólica, surgidas del conflicto de apropiación de la cultura de paso.

Analizando el miedo desde la tradición oral, Miguel Figueroa-Saavedra (Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España) versó su ponencia «Recuerdos escindidos y memoria presente: La doble cara de una despedazada en la Huasteca» sobre distintos relatos ligados a la figura mítica náhuatl de la mujer descuartizada, descubriendo cómo en todos ellos se encuentra la enseñanza de que la alteridad monstruosa es necesaria para el mantenimiento del orden social, pues sólo combatiéndola se logra mantener la identidad.

El trabajo de Perig Pitrou (École de Hautes Études en Sciences Sociales - Centre Français d'Études Méxicaines et Centraméricaines. París, Francia), «Nahuales, miedo y susto en el estado de Oaxaca», trató acerca de por qué los relatos de encuentros entre los hombres y los nahuales (alter ego animal) mencionan de manera tan frecuente la existencia de modificaciones psico-corporales, como el miedo, en los individuos afectados, planteando para ello un análisis desde la narratología y de la antropología cognitiva, que a través de la noción de 'cronotopos' intenta evidenciar las relaciones entre las estructuras de la actividad imaginaria y las concepciones de la persona.

Finalmente, partiendo de la experiencia onírica de una mujer wayú, Yanett Segovia (Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela), en su ponencia «No. No lo hago más. No lo hago más nunca. (La afectividad como una forma de conocer)», profundizó en cómo lo afectivo, y en especial los sentimientos de miedo, brindan esquemas de experiencia y acción sobre los cuales el individuo va decidiendo y armando su conducta según su propia historia personal, su propio estilo individual, y frente a las circunstancias históricas que a cada sociedad le toca vivir.

Se cerró la reunión llegando a la conclusión de que con la producción de miedos y fantasías los imaginarios colectivos resuelven muchas de las contradicciones socioculturales que cada grupo humano atraviesa en su espacio-tiempo; temores y bestiarios que constantemente se reformulan y metamorfosean, más rápidamente aún en contextos de cambio sociocultural y/o socioeconómico como los que la globalización impone a marchas forzadas. Por el momento, sólo queda esperar a la publicación de una monografía con los trabajos presentados, que ya está comprometida con la Editorial Abya-Yala y que, con toda probabilidad, verá luz a lo largo del primer semestre de 2007.

Francisco M. GIL GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid
fmgilgar@ghis.ucm.es

Gerardo FERNÁNDEZ JUÁREZ
Universidad de Castilla-La Mancha en Toledo
Gerardo.FJuarez@uclm.es

Colecciones americanas en el Museo Nacional de Antropología de Madrid

La historia del Museo Nacional de Antropología ha sido suficientemente tratada por diversos autores, entre los que cabe destacar a Romero de Tejada (1992) por el compendio que realiza, tanto de datos sobre la institución como de referencias bibliográficas. También se ha escrito sobre la colección americana de este Museo (Verde 1996), por lo que en esta nota no se va a tratar en profundidad ninguno de estos dos asuntos. Sin embargo, la aparición de un escrito en esta misma publicación acerca de la remodelación de la sala de América (Ávila 2006), que contenía algunas incorrecciones, aconsejan retomar brevemente el tema.

Nuestro Museo surge en 1910, con la creación del Instituto de Ciencias Físico-Naturales, dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (antecedente del CSIC), por Real Orden de 27 de mayo (Gaceta de Madrid del 29). Este centro agrupa distintas instituciones, entre las que está el Museo de Ciencias Naturales y su antigua Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria, que se convierte ahora en Museo independiente con el mismo nombre que tenía la Sección de procedencia.

Esta Sección había sido creada el 1 de octubre de 1883 con colecciones de esta naturaleza ya presentes en el Museo de Ciencias Naturales, que consistían en objetos procedentes de viajes y expediciones científicas de fines del siglo XIX. Entre éstas hay que destacar la Comisión Científica del Pacífico, objeto de una completa exposición comisariada por Araceli Sánchez y Ana Verde (2003), que recolectó una gran cantidad de objetos americanos entre 1862 y 1865.

El empeño del responsable de esta Sección, Manuel Antón, y de sus ayudantes, Luis de Hoyos Sáinz y Telesforo de Aranzadi, permitió acrecentar estos fondos de manera incesante. A sus gestiones debemos incorporaciones tan importantes como las dos series de cuadros de mestizaje, una mexicana y otra peruana, que tienen por objeto reflejar la mezcla racial que se produjo en América como consecuencia del contacto entre población nativa, europeos y africanos. La peruana presenta la particularidad de ser la única en el mundo de este bien conocido género pictórico que se realiza en el Virreinato del Perú, puesto que el resto de las «pinturas de castas» fueron realizadas en el ámbito novohispano. A ellos debemos también la adquisición de objetos de un grupo *inuit*, que fue exhibido en 1900 en el Jardín de San Juan, uno de los Jardines de Recreo del Palacio del Buen Retiro y que desapareció en 1905 para construir el actual Palacio de Correos y Telégrafos (Verde 1994).

Sin embargo, esta Sección tiene otras dos fuentes principales de ingresos: el Museo Antropológico del doctor Velasco y el Museo Biblioteca de Ultramar. Por desgracia, no disponemos de listados fiables que nos informen acerca de la composición de cada uno de ellos (Verde 1996: 337) debido a los traslados que esos documentos han sufrido, en especial hasta mediados del siglo XX. Sin embargo, sí sabemos que en ambas instituciones había objetos americanos.

El doctor Pedro González de Velasco fue una de las figuras clave en los primeros pasos de la Antropología como Ciencia en nuestro país. En 1865 impulsó la creación de la Sociedad Antropológica Española, primer intento de institucionalizar esta disciplina (Verde 1980). A su persona, y a su personalidad, se debe también la creación de la revista *El Anfiteatro Anatómico Español* en 1873 y del Museo Antropológico, que tuvo lugar en 1875 (Gaceta de Madrid de 29 y 30 de abril de 1875). Tanto las colecciones como el edificio eran de su propiedad, y en él se podían contemplar bienes más relacionados con la Antropología Física que con la Antropología Cultural, si bien también existían estos objetos etnográficos. No en vano, el doctor Velasco se dedicaba profesionalmente a la Medicina. Además, es lógico que tuviera mayores dificultades para adquirir objetos etnográficos que el Museo de Ciencias Naturales, depositario de colecciones adquiridas en el transcurso de viajes y expediciones científicas, cuyo coste sería casi inalcanzable para un particular.

El Dr. Velasco falleció en 1882, iniciándose entonces una serie de negociaciones entre su viuda y el Estado para la adquisición del Museo (edificio y colecciones) por este último. Estas negociaciones culminan en 1887 con la venta del conjunto al Estado. Tras esta compra se inician unas disputas entre las Facultades de Ciencias y de Medicina de la entonces denominada Universidad de Madrid (hoy Universidad Complutense de Madrid), por hacerse con el edificio. Ambas Facultades llegan a un acuerdo en 1888 sobre el reparto de las colecciones y el uso del edificio, si bien este reparto no fue nunca efectivo en cuanto al edificio se refiere. Así, en 1889, el inmueble pasa al Museo de Ciencias Naturales, que dependía de la Facultad de Ciencias.

El 25 de mayo de 1889, la Junta del Museo decide convertir este edificio en sede de su Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria, que estaba antes ubicada en el mismo edificio que el resto del Museo de Ciencias Naturales, esto es, en la madrileña calle de Alcalá nº 11-13. El traslado se hace en 1895 y es cuando a los fondos de la Sección se incorporan las colecciones de Antropología, Etnografía e Historia Natural que estaban ya en el edificio del antiguo Museo Antropológico del doctor Velasco.

La segunda de las fuentes citadas, el Museo Biblioteca de Ultramar, se creó el 17 de octubre de 1887, con sede en el Palacio de la Minería del Parque del Retiro (hoy Palacio de Velázquez), y surgió tras la Exposición General de las Islas Filipinas de 1886. Tenía como objetivo acoger todo tipo de productos de las colonias ultramarinas o de territorios que lo habían sido, tal y como se recoge en su Reglamento (Gaceta de Madrid de 29 de mayo de 1888). Esta institución fue perdiendo sentido tras la pérdida de nuestras últimas colonias en 1898, iniciando una decadencia que acabó con la distribución de sus colecciones por otros centros, dictada por Real Orden de 4 de febrero de 1908. La gran mayoría de piezas que componían la colección americana tuvo como destino la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional, con la que en 1941 se creó el Museo de América. Sin embargo, también la Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria del Museo de Ciencias Naturales recibió algunos fondos, entre los que cabe destacar piezas recolectadas por Luis Sorela en sus destinos como oficial de la Armada y la colección de objetos de los ñáñigos, sociedad secreta cubana. Se trata de instrumentos musicales y otros objetos de parafernalia de este culto sincrético, de los que sólo hay ejemplos en el Museo de La Habana y en el nuestro.

Éstas son, en general, las colecciones americanas que tenía la Sección cuando se convirtió en Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria en 1910, que experimentarán crecimientos menores hasta la guerra civil (Verde 1996: 345); y ello gracias a la labor de Manuel Antón, primer director de este Museo, que ocupó el cargo hasta su fallecimiento en 1929.

La década de 1940 trae una renovación total del Museo, tanto física como conceptual. Es ahora cuando se acomete la primera de las dos grandes intervenciones arquitectónicas que se han realizado sobre el edificio. Y es también en este momento cuando se presenta un discurso más cultural que físico, ya que se ordenan los objetos siguiendo la famosa clasificación decimonónica que establecía tres estadios evolutivos: salvajismo, barbarie y civilización. Este cambio de orientación se ve también en su red denominación como Museo Etnológico por Orden de 20 de mayo de 1940 del Ministerio de Educación Nacional (BOE del 25).

Desde el punto de vista administrativo, el Museo dependió de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas hasta la disolución de ésta en 1939 por Ley de 24 de noviembre, de la Jefatura del Estado, de creación del CSIC (BOE del 28). Esta misma norma establecía la adscripción a este organismo de todas las instituciones que dependieran de la extinta Junta. La ya citada Orden de 20 de mayo de 1940 adscribía el Museo al Patronato «Menéndez Pelayo» a través del Instituto de Geografía «Sebastián Elcano».

El Decreto de 26 de septiembre de 1941, de la Jefatura del Estado (BOE del 6 de octubre), crea el Instituto de Antropología y Etnología «Bernardino de Sahagún» que, adscrito al CSIC, estaba integrado por el Museo Etnológico y por todas las colecciones etnográficas del Museo Arqueológico Nacional y de todos los centros dependientes del Ministerio de Educación Nacional, excepto las de América y Filipinas. Hay que recordar que 1941 es el año de creación del Museo de América a partir de las piezas, en su mayoría americanas, existentes en la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional. La unión entre Museo e Instituto va a ser muy estrecha, ya que el director de ambas instituciones era la misma persona: José Pérez de Barradas. Y, por desgracia, es ahora cuando esa unión provoca la adscripción de documentos del Museo al Instituto, siendo físicamente trasladados cuando el citado Instituto cambió de sede. El resultado no podía ser sino la pérdida de algunos escritos básicos para desentrañar la historia -científica y administrativa- de fondos del Museo.

A pesar de este contratiempo, la política de adquisiciones del Museo varió únicamente en el sentido de primar la llegada de objetos etnográficos sobre la de momias, vaciados de tipos y razas y otras piezas más relacionadas con la Antropología Física que con la Cultural. Pese a contar en la actualidad con algunos objetos de nuestro país, procedentes del Pirineo en su gran mayoría, las «colecciones nacionales» no han sido nunca una prioridad para este Museo, centrado precisamente en culturas ajenas a nuestro ámbito geográfico, en especial de aquellos territorios con los que España ha mantenido una especial relación a lo largo de su Historia. Es por ello que la gran mayoría de bienes que integran la actual colección estable proceden de América, Marruecos, Guinea Ecuatorial y Filipinas, todos ellos antiguas colonias.

En esos años ingresa una serie de objetos relacionados con el vudú, resultando una adquisición destacable, pero no la única. No me voy a extender sobre ingresos de colecciones africanas o asiáticas en esa etapa, sino que me centraré en las americanas, entre las que hay que destacar la donación de algunos objetos, entre 1953 y 1955, por parte de Teresa Sorela, que procedían de la colección que su tío, Luis Sorela, había ido recopilando a fines del siglo XIX, y que ya vimos al tratar sobre los fondos del Museo Biblioteca de Ultramar; y la colección de objetos prehispánicos andinos relacionados con la artesanía textil, formada por Wistremundo de Loma y que ingresa en este Museo en 1940. De ambas fuentes de ingreso hay objetos expuestos en la nueva configuración de la sala.

La relación entre Museo y CSIC va a finalizar con la publicación del Decreto 2409/1962, de 20 de septiembre, de la Jefatura del Estado (BOE del 5 de octubre), por el que el Museo pasa a depender de la Dirección General de Bellas Artes. La principal incorporación de fondos americanos desde este cambio hasta la década de 1980 va a ser la recolección realizada por Pilar Romero de Tejada en la Ceja de Selva peruana en 1974 y 1975, dentro de un proyecto científico que, iniciado en 1971 y dirigido por Fermín del Pino, pretendía estudiar cuestiones relacionadas con la emigración de grupos étnicos serranos andinos a zonas selváticas amazónicas.

En 1979 comienzan las obras de remodelación integral del edificio, segunda de las dos grandes intervenciones arquitectónicas sobre el mismo. Estas obras finalizarán en 1986 y el resultado fue, entre otros, la creación de nuevas plantas para exposición permanente de bienes culturales. Es ahora, y no antes, cuando se adopta el criterio geográfico para dividir esta exposición, dando como resultado la creación de departamentos específicos para cada continente. Surgen entonces las Secciones de África, América, Asia, Europa y una última dedicada a Filipinas y Oceanía. Conviene ligar esta actuación con la publicación del Real Decreto 620/1987, de 10 de abril (BOE del 13 de mayo), por el que se aprobaba el Reglamento de Museos de titularidad estatal, que está próximo a ser reformado en la actualidad para adaptarse a las nuevas realidades de estos centros. Esta norma establecía las áreas básicas en que se organizan los museos: Administración; Conservación e Investigación; y Difusión. Y dentro de la segunda de las citadas, eran las colecciones de cada Museo las que determinaban qué y cuántos departamentos o secciones eran necesarios para cubrir los requerimientos científicos de la institución.

El Real Decreto 684/1993, de 7 de mayo (BOE del 27), crea el Museo Nacional de Antropología a partir de la fusión de dos museos: el Museo Nacional de Etnología y el Museo del Pueblo Español. Esta unión será más administrativa que real, ya que ambas instituciones siguieron funcionando de manera independiente. Tanto es así, que el Real Decreto 119/2004, de 23 de enero (BOE del 5 de febrero), por el que se reorganiza del Museo Nacional de Antropología, volviendo a la situación anterior, no supone grandes cambios en el funcionamiento interno de ninguno de los dos museos. 1993 es también cuando se traslada la exposición permanente de América a la última planta del espacio central del edificio, permitiendo así la exhibición de un mayor número de objetos y la comunicación de un mensaje más completo.

Ana Verde Casanova, entonces conservadora de este Museo, fue la responsable de esta actuación, que, ligeramente modificada por Concepción Mora en un momento

posterior, fue el montaje que se mantuvo hasta el año 2005. Su intervención supuso un enorme salto cualitativo con respecto a los criterios decimonónicos empleados en la organización de las colecciones en la década de 1940. El término «exótico» queda muy lejos de las intenciones de Ana Verde, que fue la primera persona que pretendió ofrecer una visión más completa de la vida de distintos grupos étnicos americanos, permitiendo así su conocimiento y comparación con nuestros modos de vida desde una posición de igualdad, no de superioridad. Por la misma razón, la aplicación del término «etnocéntrico» a esa exposición es claramente inadecuado, precisamente por superar un montaje en el que los criterios etnocéntricos estaban muy presentes.

El montaje de Ana Verde seguía un criterio doble. Por un lado, se exponían en el vestíbulo una serie de objetos prehispánicos andinos y taínos, diferenciando así estos bienes de los del interior de la sala, todos ellos de manufactura muy posterior. Este criterio temporal o histórico se combinaba con el geográfico de la sala propiamente dicha, explicando los modos de vida en dos áreas culturales principales: Ártico y Amazonia. La elección de estas áreas no fue casual ni caprichosa, sino que responde a aquéllas mejor representadas en las colecciones del Museo. Además, se incluían unos ejemplos de textiles guatemaltecos, que habían sido adquiridos a Fidela San Miguel en 1989 y erróneamente asignados al Museo de América, aunque pronto quedaron depositados en este Museo, que era quien realizó las gestiones para su adquisición. La exposición se completaba con algunos objetos de los *warao* del delta del Orinoco y una balsa de totora de zonas lacustres del altiplano andino.

1985-1995 fue un periodo muy importante en cuanto a adquisiciones, estando este hecho ligado a la dotación de mayores recursos para los museos, tanto humanos como económicos. Estas adquisiciones han sido ya tratadas (Verde 1996: 347-350), por lo que no me voy a detener en ellas. Sólo decir que la colección de máscaras del Alto Perú, que ella consigna como la última adquisición en aquel momento, ingresaron en el Museo en 1995. En ese mismo año, se recibe la donación de un traje *inuit*, confeccionado con técnicas y materiales tradicionales por individuos de este grupo étnico para el viajero y explorador Ramón Hernando de Larramendi, que es quien lo dona. Desde entonces, la falta de personal técnico que llevara el Departamento de América se tradujo en un cese en cuanto a adquisiciones.

La nueva exposición no es una crítica a la anterior, sino que el Museo inició un programa de renovación de la exposición permanente (Rodrigo, en prensa). Ese programa afecta a todas las salas del Museo y se inició con la de África, cuyos trabajos finalizaron en el año 2004. Los siguientes proyectos fueron los de las salas de América y de Antropología Física, ambos concluidos en 2005. Y está ya en fase de adjudicación el proyecto que remodelará las salas de Asia y de Filipinas y Oceanía, cuya ejecución finalizará en 2007. A excepción de Antropología Física, pensada como un recuerdo de los orígenes del Museo y la exposición de un gabinete decimonónico, el resto de actuaciones introducen un criterio temático, ya que pensamos que se facilita al visitante la comprensión de las diversas culturas y, al mismo tiempo, nos permite exhibir piezas de otras áreas culturales que están peor representadas en nuestras colecciones y con las que, de otra forma, sería imposible articular un discurso completo y coherente.

En cuanto a contenidos, nosotros no denunciarnos la actual situación de los pueblos indígenas ni difundimos sus principales reivindicaciones. Nos limitamos a exponer ciertas realidades que afectan a las formas tradicionales de vida de estos grupos étnicos. Estas realidades introducen modificaciones en sus culturas y esas modificaciones (procesos de aculturación o cambio cultural) son explicadas a nuestros visitantes.

Respecto a los dioramas expuestos en la sala de América, se eligieron esos modelos por representar viviendas tradicionales de distintas áreas culturales, que siguen aún empleándose. En los textos aparecen referencias a las transformaciones producidas en los patrones de asentamiento tradicionales, pero no como consecuencia de la emigración masiva del campo a la ciudad, sino que esta emigración, y el descenso en el número de individuos que forman cada comunidad, están provocados por otros factores, que son a los que aludimos como integrantes de procesos de aculturación o cambio cultural, entre los que la pérdida de sus territorios originarios por distintas razones, generalmente de índole económica, ocupa un lugar principal.

Asegura Ávila (2006: 218) que la mayoría de objetos de ajuar doméstico expuestos en vitrinas están comprados en las ciudades y no están hechos con materiales naturales. Fibra vegetal, madera, arcilla y diversas semillas y frutos no son precisamente materiales artificiales y muchos objetos expuestos fueron recolectados en el transcurso de expediciones y proyectos de investigación de carácter científico, ya comentados a lo largo de esta nota.

Por último, se citan «tres grandes tipos de sistemas religiosos (animismo, cristianismo y las prácticas sincréticas originarias de los esclavos africanos)» (Ávila 2006: 218). En primer lugar, se habla de sistemas de creencias, no religiosos, puesto que entendemos que es un término más neutral y aplicable en mayor medida a sociedades con distintos grados de desarrollo cultural. Y, en segundo lugar, los textos de sala no dejan lugar a dudas en cuanto a que tanto los nativos americanos como los africanos se basan en sistemas animistas, que no sólo interactúan entre ellos, sino que también lo hacen con el sistema impuesto por los europeos: el cristianismo, tanto católico como protestante. Esa interacción es la que explica el surgimiento de prácticas sincréticas. Es verdad que el elemento africano está muy presente en muchas de ellas (vudú o ñañigos, por citar únicamente las expuestas), pero las tradiciones prehispánicas también se mezclan con elementos europeos sin que haya intervención de aportaciones africanas, como, por ejemplo, en la vitrina que cierra la exposición y que corresponde a un altar mexicano de difuntos.

La llegada de quien suscribe para ocupar la jefatura de la Sección de América ha supuesto reiniciar los trabajos científicos que requieren estas colecciones, que fueron realizados por personal eventual desde el traslado de Ana Verde al Museo de América. Esta eventualidad impedía acometer proyectos a largo plazo, puesto que el sistema de contratación no aseguraba la presencia de una misma persona de un año para otro. Además, este personal suele estar en fases de formación, lo que implica la necesidad de personal técnico estable que supervise, coordine y guíe su actividad.

Además de la remodelación de la sala de América, en 2005 se montó una exposición temporal (Rodrigo, en prensa), se está revisando la catalogación de fondos y se ha retomado la emisión de informes solicitando la adquisición de piezas que nos per-

mitan tener una mayor y mejor representación de culturas. Así, se solicitaron unos bienes en depósito al Museo de América para completar el discurso expositivo, mientras que la colección estable se ha enriquecido con objetos adquiridos en distintos países y donados en 2005 por Juan Antonio Gil Crespo y con la compra de un recipiente cerámico de los *pueblo* y un cáliz virreinal de plata.

No se trata sólo de cumplir un mandato constitucional, el enriquecimiento de bienes del Patrimonio Histórico que contempla esta norma en su artículo 46, sino que necesitamos incrementar nuestros fondos para ofrecer un discurso real acerca de la diversidad cultural y de los modos de vida de cada una de ellas, permitiendo a nuestro público la comparación entre las distintas culturas producidas por el ser humano en base al estudio de sus diferencias y semejanzas.

Referencias bibliográficas

ÁVILA CANTOS, Débora

2006 «Inauguración de la Sala de América del Museo Nacional de Antropología: un nuevo camino para la colección americana». *Revista Española de Antropología Americana* 36 (1): 216-219.

PRAT, Joan, Ubaldo MARTÍNEZ, Jesús CONTRERAS e Isidoro MORENO (eds.)

1991 *Antropología de los Pueblos de España*. Madrid: Taurus Universitaria.

RODRIGO DEL BLANCO, Javier

En prensa «Exposición temporal ‘Orígenes de la colección americana’». *Anales del Museo Nacional de Antropología* XII.

En prensa «La renovación de la exposición permanente de las colecciones americanas del MNA». *Anales del Museo Nacional de Antropología* XII.

ROMERO DE TEJADA, Pilar

1992 *Un templo a la Ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.

SÁNCHEZ GARRIDO, Araceli y Ana VERDE CASANOVA (comp.)

2003 *Historia de un olvido. La expedición científica del Pacífico, 1862-1865*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

VERDE CASANOVA, Ana

1980 «La primera sociedad antropológica española». *Actas del I Congreso Español de Antropología* II: 17-38.

1994 «Una página en la historia de los *inuit* de Labrador: ‘Esquimales del polo al Retiro’». *Revista Española de Antropología Americana* 24: 209-229.

1996 «La sección de América del Museo Nacional de Antropología». *Anales del Museo Nacional de Antropología* III: 335-353.

Javier RODRIGO DEL BLANCO
 Conservador, Departamento de América
 Museo Nacional de Antropología
 javier.rodrigo@mcu.es

A vueltas con el «elk» y el «moose»

Tras la publicación, en el número anterior de la REAA, de una reseña sobre el libro *Diné. La Historia de Pueblo Apache*, de Edward K. Flagler, y tras la correspondencia mantenida con el Instituto de Estudios Norteamericanos, editor de la obra, y con su autor sobre la traducción errónea, entre otros términos, de «elk», que yo criticaba en dicha reseña, me siento en la obligación de realizar algunos comentarios.

El Instituto, en la persona de Guillem Iglesias Bolea, me informó de que la responsabilidad del libro era por completo del autor. Efectivamente, el Dr. Flagler ha tenido la deferencia de escribirme y manifestar que cualquier error en las traducciones se debe a él mismo, completo responsable tanto de la autoría como de la edición de su libro. Quiero agradecer a ambos la amabilidad con la que siempre se han dirigido a mí.

Sin embargo también quisiera añadir que, como el propio autor reconoce en su carta, es muy común no sólo en la traducción —por la semejanza de los vocablos «elk» y «alce»—, sino también en las obras y en el pensamiento en inglés, confundir el alce con el wapiti, animales diferentes, como mencionaba en dicha reseña.

Sólo me queda seguir insistiendo y recomendando a autores y editores que extremen el cuidado en las referencias al mundo animal y vegetal de los nativos americanos, por la importancia que tenían y tienen muchas especies, no sólo en el ámbito económico, sino también en el simbólico.

Emma SÁNCHEZ MONTAÑÉS
Universidad Complutense de Madrid